

*Nación, región y territorio
en la evolución de la monarquía
habsbúrgica y sus Estados
sucesores desde la segunda mitad
del siglo XVIII: reflexiones
para una teoría del regionalismo **

Peter Haslinger

Collegium Carolinum, Múnich

Resumen: En primer lugar, el autor resume los estudios y teorías existentes en la historiografía alemana acerca del giro espacial, y describe las tendencias y enfoques más recientes a este respecto. A continuación, analiza la identidad imperial del Imperio habsbúrgico, el papel de las regiones en su evolución y la ambivalente relación de las autoridades imperiales hacia el nacionalismo y los movimientos nacionalistas. Su política se caracterizó por su doble faz: el alemán fue utilizado como idioma común de la Administración central, pero se estimuló el desarrollo cultural de los diversos idiomas nacionales, hasta su reconocimiento legal en 1867. En el tramo final, el autor dirige su mirada a las diversas dinámicas identitarias existentes en el Imperio en los niveles local y regional, y formula la teoría del «territorio imaginado» como patrón discursivo válido para todos los movimientos nacionalistas del Imperio habsbúrgico y otros ámbitos.

Palabras clave: Imperio habsbúrgico, siglos xviii-xix, identidad regional, nacionalismo.

Abstract: First, the author gives a survey over studies and theories concerning the spatial turn in German historiography and describes recent trends in developing new perspectives in this respect. Then he analyzes the imperial identity of the Habsburg Empire, the role of regions in its development and the ambivalent relation of the central state authorities towards the national principle and movements. Their policy can be characterized as twofold: German was used as a unifying language for the central administration, whereas the cultural development of all national languages was stimulated and they were finally legally acknowledged in 1867.

* Traducción de Xosé M. Núñez Seixas.

At the end of the article, the author turns to the dynamics of national identification on the local and regional level and develops the theory of the «imagined territory» as a discursive pattern for all national movements of the Habsburg Empire and beyond.

Key words: Hapsburg Empire, 18th-19th centuries, regional identity, nationalism.

El «giro espacial» en la historiografía germanófona y la Historia regional

Hasta mediados de la década de 1990, la cuestión de la territorialidad era un campo de investigación sólo raramente explorado dentro del ámbito historiográfico de habla alemana. Hasta ese momento, Jürgen Osterhammel constataba en este último el peso preponderante de estructuras, procesos y experiencias «sin lugar», o en el mejor de los casos adscritas a un esquema espacial formal, así como una «ausencia de espacio, que ascendía a una suerte de tabú espacial»¹. Sobre todo, la investigación de temas de ámbito estatal en Alemania se diferenciaba claramente de Francia o de los Estados Unidos, en donde las cuestiones vinculadas al territorio recibían claramente una mayor atención. Las razones para ello eran variadas, pero tenían que ver en primer lugar con el papel auxiliar y fatídico que tanto la historiografía como la llamada *Volksgeschichte* (una Historia nacional entendida como de las esencias etnoculturales de la nación) de carácter interdisciplinario habían jugado en la política de reordenación territorial y de hegemonía europea del nacionalsocialismo². En consecuencia, todavía durante los años setenta el ocuparse de las cuestiones territoriales era considerado a menudo como un sinónimo de posiciones reaccionarias. Así, Martina Löw, en una explicación de la

¹ OSTERHAMMEL, J.: «Die Wiederkehr des Raumes. Geopolitik, Geohistorie und historische Geographie», *Neue Politische Literatur*, 43 (1998), pp. 374-397 (cita en p. 374).

² OBERKROME, W.: *Volksgeschichte. Methodische Innovation und völkische Ideologisierung in der deutschen Geschichtswissenschaft 1918-1945*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1993, así como HETTLING, M. (ed.): *Volksgeschichten im Europa der Zwischenkriegszeit*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2003; MIDDELL, M. (ed.): *Historische West- und Ostforschung in Zentraleuropa zwischen dem Ersten und dem Zweiten Weltkrieg. Verflechtung und Vergleich*, Leipzig, Akademischer Verlags-Anstalt, 2004, y MÜHLE, E.: *Für Volk und deutschen Osten. Der Historiker Hermann Aubin und die deutsche Ostforschung*, Düsseldorf, Droste, 2005.

exclusión de las categorías espaciales en los planteamientos historio-geográficos hasta la fecha, exponía que «el espacio no sólo se asociaba a una idea de inmovilidad, sino que también recordaba a las argumentaciones geopolíticas de la primera y segunda guerra mundial»³.

Una razón de este cambio en los planteamientos históricos sobre el territorio fue la adopción creciente de perspectivas constructivistas por parte de la historiografía. Con las investigaciones acerca de los lugares de memoria⁴, así como sobre los mapas mentales y cognitivos⁵, se hizo posible concebir el espacio como un producto de percepciones y construcciones conscientes, y confrontarlas con las concepciones, valores e imaginarios que se derivan de las concepciones espaciales. Además, la «geopolítica crítica» se dedicó a deconstruir los conceptos de la geopolítica espacial de la primera mitad del siglo XX⁶. Y una serie de trabajos se planteó el investigar la relación entre cartografía y política en los siglos XIX y XX⁷. La preocupación por el tema de las fronteras, desencadenada en primer lugar por la apertura de confines que tras 1989 tuvo lugar en la antigua Europa

³ LÖW, M.: «Spacing – Überlegungen zu räumlichen Neuformationen», en THABE, S. (ed.), *Räume der Identität – Identität der Räume*, Dortmund, IRPUD, 1999, pp. 160-169 (cita en p. 162).

⁴ NORA, P. (ed.): *Les lieux de mémoire*, París, Gallimard, 1984-1993, 7 vols.; FRANÇOIS, E., y SCHULZE, H. (eds.): *Deutsche Erinnerungsorte*, Múnich, Beck, 2001, 3 vols.; LE RIDER, J.; CSÁKY, M., y SOMMER, M. (eds.): *Transnationale Gedächtnisorte in Zentraleuropa*, Innsbruck/Viena, Studienverlag, 2002, y JAWORSKI, R. (ed.): *Gedächtnisorte in Osteuropa. Vergangenheiten auf dem Prüfstand*, Frankfurt a. M., Lang, 2003.

⁵ DOWNS, R. M., y STEA, D.: *Kognitive Karten. Die Welt in unseren Köpfen*, Nueva York, Harper & Row, 1982; SCHENK, F. B.: «Mental Maps. Die Konstruktion von geographischen Räumen in Europa seit der Aufklärung», *Geschichte und Gesellschaft*, 28 (2002), pp. 493-514; HARTL, A.: «Kognitive Karten und kognitives Kartieren», en FREKSA, C., y HABEL, C. (eds.), *Repräsentation und Verarbeitung räumlichen Wissens*, Berlín et al., Springer, 1991, pp. 34-46.

⁶ SPRENGEL, R.: *Kritik der Geopolitik. Der deutsche Diskurs 1914-1944*, Berlín, Akademie-Verlag, 1996; FAHLBUSCH, M.; RÖSSLER, M.; SCHULTZ, H.-D., y SIEGRIST, D.: *Geographie und Nationalsozialismus. Drei Fallstudien zur Institution Geographie im Deutschen Reich und der Schweiz*, Kassel, GHK, 1989; HERB, G. H.: *Under the map of Germany. Nationalism and propaganda 1918-1945*, Londres, Routledge, 1997, y RÖSSLER, M.: «Wissenschaft und Lebensraum». *Geographische Ostforschung im Nationalsozialismus. Ein Beitrag zur Disziplingeschichte der Geographie*, Berlín, Reimer, 1990.

⁷ SCHNEIDER, U.: *Die Macht der Karten. Eine Geschichte der Kartographie vom Mittelalter bis heute*, Darmstadt, Primus-Verlag, 2004, y GUGERLI, D., y SPEICH, D.: *Topographien der Nation. Politik, kartographische Ordnung und Landschaft im 19. Jahrhundert*, Zürich, Chronos, 2002.

gobernada por regímenes comunistas, contribuyó igualmente a hacer a la investigación más sensible a las dimensiones geoespaciales de la evolución histórica.

La territorialización historiográfica había tenido ya un precedente paralelo, con todo, en la primera regionalización de cuestiones y planteamientos historiográficos que se había aplicado únicamente a temas de ámbito nacional⁸. Un fundamento para ello había sido la emancipación de la historia regional respecto a la más tradicional historia de los territorios del Imperio (*Landesgeschichte*) en la década de 1980. Esta evolución no fue indolora, sino que tuvo lugar en medio de vehementes discusiones en el seno del gremio historiográfico. Punto central de la discusión era, en este sentido, que la «región», a diferencia de las unidades que configuraban los Estados federados o los dominios territoriales tradicionales, se caracterizaba por ser una categoría indefinida y contingente⁹. Y que el concepto de región es difícil de definir y manejar, particularmente cuando se trata de analizar procesos históricos en el largo plazo. Que la región es una categoría ligada al territorio, como señalaba en relación con esto Peter Gleber, está fuera de discusión. Pero existen importantes diferencias a la hora de ubicarla en una escala de valores y dimensiones territoriales, de acuerdo con el patrón de medir que se utilice y los planteamientos historiográficos de cada autor¹⁰. En función de ello, el objeto de estudio oscilaba entre dos extremos. O la concepción de la región como una entidad territorial dotada de competencias de poder propias o delimitada por el Estado con base en criterios funcionales; o, por el contrario, la concepción de la región como un espacio caracterizado por una evolución y un proceso histórico determinado, aunque cambian-

⁸ Ejemplos de ello son GALL, L., y LANGEWIESCHE, D. (eds.): *Liberalismus und Region. Zur Geschichte des deutschen Liberalismus im 19. Jahrhundert*, Múnich, Oldenbourg, 1995; FREMDLING, R., y TILLY, R. H. (eds.): *Industrialisierung und Raum. Studien zur regionalen Differenzierung in Deutschland des 19. Jahrhunderts*, Stuttgart Klett-Cotta, 1979, y DILLMANN, E. (ed.): *Regionales Prisma der Vergangenheit. Perspektiven der modernen Regionalgeschichte (19./20. Jahrhundert)*, St. Ingbert, Röhrig, 1996.

⁹ VOIT, H.: «Der "kleine Raum" als geschichtsdidaktische Kategorie», en POHL, K.-H. (ed.): *Regionalgeschichte heute. Das Flüchtlingsproblem in Schleswig-Holstein nach 1945*, Bielefeld, Verlag für Regionalgeschichte, 1997, pp. 33-46 (cita en p. 34).

¹⁰ GLEBER, P.: «Region und Identität. Eine grundlegende Einführung», en BOS-SONG, G. (ed.): *Westeuropäische Regionen und ihre Identität. Beiträge aus interdisziplinärer Sicht*, Mannheim, Palatium-Verlag im J.-&J.-Verlag, 1994, pp. 2-12 (cita en p. 2).

te, «caracterizado por una interrelación territorial de especificidades culturales, lingüísticas, geográfico-naturales o de poblamiento, pero particularmente por un sentimiento de pertenencia común vinculado a un espacio y compartido por la población —la denominada conciencia regional—»¹¹. En esta última tendencia, la investigación también tendía a ver la patria local o *Heimat* como una «sensibilidad por lo recogido, por la cercanía humana, por un mundo vital abarcable e inconfundible», que reaccionaba frente a la aparición de realidades sociales amenazadoras como la sociedad industrial de masas, caracterizada por el anonimato, la funcionalidad, la uniformidad y la centralización¹². De acuerdo con estas premisas, la concepción imperante de las regiones tendía a verlas como espacios reducidos y abarcables, en los que lo característico sería que «las personas intentan agruparse y definirse frente a otras en función de sus caracteres comunes (a menudo de índole cultural)»¹³. También se discutió con fruición la cuestión de si era aconsejable «partir de conceptos de región *objetivos* o *subjetivos* fuertes, es decir, de procesos y estructuras anónimas o de percepciones personales y experiencias sociales»¹⁴.

En conjunto, la historia administrativa y local en el conjunto de la historia regional en lengua alemana cumplió así la función de integrar en su enfoque la cuestión de la percepción y construcción de un territorio determinado a través de actores centrales y regionales. De este modo, se constató de modo creciente que en las decisiones y disposi-

¹¹ GLEBER, P.: «Region und Identität...», *op. cit.*, p. 3. Véase sobre esta cuestión igualmente WARDENGA, U., y MIGGELBRINK, J.: «Zwischen Realismus und Konstruktivismus: Regionsbegriffe in der Geographie und anderen Humanwissenschaften», en WOLLERSHEIM, H.-W., TZSCHASCHEL, S., y MIDDELL, M. (eds.): *Region und Identifikation*, Leipzig, Leipziger Universitäts-Verlag, 1998, pp. 33-55.

¹² NEUMEYER, M.: *Heimat. zu Geschichte und Begriff eines Phänomens*, Kiel, Selbstverlag des Geographischen Instituts der Universität Kiel, 1992, p. 1.

¹³ POHL, K.-H.: «Die Bedeutung der Regionalgeschichte für Forschung, Lehre und pädagogische Praxis», en POHL, K.-H.: *Regionalgeschichte...*, *op. cit.*, pp. 13-22, especialmente p. 14. Véase igualmente el concepto de «movilización de la provincia» utilizado por BLASCHKE, J.: *Volk, Nation, interner Kolonialismus, Ethnizität. Konzepte zur politischen Soziologie regionalistischer Bewegungen in Westeuropa*, Berlín, Express Ed., 1985, p. 205.

¹⁴ VOIT, H.: «Der kleine Raum», p. 35. Véase igualmente sobre esta cuestión el amplio y documentado ensayo de síntesis de BRAKENSIEK, S.: «Regionalgeschichte als Sozialgeschichte. Studien zur ländlichen Gesellschaft im deutschsprachigen Raum», en *id.* (ed.): *Regionalgeschichte in Europa. Methoden und Erträge der Forschung zum 16. bis 19. Jahrhundert*, Paderborn, Schöningh, 2000, pp. 197-251.

ciones de esos actores no sólo podían jugar un papel decisivo los factores y relaciones de índole estrictamente regional, sino también la densidad y carácter de sus contactos desde dentro de la región hacia afuera. Y para no caer en una suerte de ontología del espacio¹⁵, también era necesario ampliar la mirada historiográfica a través de planteamientos que permitiesen contemplar las expresiones territoriales de las prácticas sociales. En este aspecto, la microhistoria ofreció una sólida herramienta, al centrar su mirada y su labor de reconstrucción en las identidades y mundos vitales individuales, y al llamar la atención sobre alternativas locales antes imperceptibles para el historiador¹⁶. Para una historia regional de los contactos y del conflicto, sin embargo, la microhistoria sólo podía convertirse en una mirada fructífera cuando podía ser integrada en un enfoque más amplio que también tuviese en cuenta cuál era la interacción de esos mundos locales con otras esferas y espacios vitales y territoriales. Lo mismo vale para una historia regional que investiga las regiones como unidades definidas por la acción social, sin establecer previamente cuáles son sus criterios para delimitar metodológicamente las unidades territoriales que son objeto de estudio, ni plantearse como objetivo el querer representar una «historia total» del área investigada.

Como punto de partida de las reflexiones que siguen, abordaremos la cuestión de cómo el principio territorial o regional se puede manejar con respecto a la nación en una zona del continente europeo que se caracteriza por una distribución de sus componentes nacionales, lingüísticos y culturales cuando menos caprichosa, y en donde hasta la Primera Guerra Mundial no se puede hablar de la existencia de una relación de legitimación mutua entre el Estado y los movimientos nacionalistas. Nos referimos en concreto al área ocupada por el Imperio habsbúrgico, después denominado Imperio austrohúngaro, que —con la excepción de la parte húngara del Imperio desde 1867— careció de idioma oficial del Estado¹⁷, y en donde las diversas unidades territoriales desarrollaron una vida política y simbólica pro-

¹⁵ KAISER, W.: «Regionalgeschichte, Mikro-Historie und segmentierte Öffentlichkeiten. Ein vergleichender Blick auf die Methodendiskussion», en BRAKENSIEK, J. (ed.): *Regionalgeschichte in Europa*, pp. 25-44 (cita en p. 26).

¹⁶ FLÜGEL: «Chancen der Regionalgeschichte», p. 35.

¹⁷ BURGER, H.: «Über das Problem der Staatssprache», en MENZ, F., y WODAK, R. (eds.): *Sprache in der Politik – Politik in der Sprache. Analysen zum öffentlichen Sprachgebrauch*, Klagenfurt, Drava, 1990, pp. 13-19.

pía, que en muchos casos tuvo un influjo decisivo en la configuración de estructuras espaciales y en la promoción de identidades regionales hasta bien entrado el siglo XX. Para ello, se tratarán e identificarán las diferentes y cambiantes relaciones que tuvieron lugar entre modelos nacionales y regionales tanto en el proceso de construcción del Estado como en la gestión por este último de las diversas identidades existentes en su seno.

Región, territorio y nación en la evolución de la monarquía de los Habsburgo hasta principios del siglo XVIII

Como en otros Estados e imperios europeos, la política de los Habsburgo se caracterizó por el intento de edificar un Estado centralizado a partir del conjunto de territorios heredados. La transformación de un grupo de tierras de Europa centrooriental que hasta entonces no eran más que una suma de territorios feudales y corporativos en una estructura territorial integrada y moderna tuvo lugar, sin embargo, sin recurrir al nacionalismo como elemento unificador. Por el contrario, se basó preferentemente en una cosmovisión dinástica, a partir de la que se estructuraban las lealtades individuales y territoriales, así como en la consolidación de una serie de instituciones centralizadas como el ejército, el funcionariado imperial y, de modo creciente, el aparato judicial y la codificación del Derecho. Además de ello, el armazón político de la monarquía habsbúrgica siguió siendo en esencia de naturaleza federal, orientándose a partir del principio de la existencia de unidades territoriales diferenciadas. Ese principio, sin embargo, sólo en algunos territorios de la Corona estaba exento de entrar en tensión con principios identitarios nacionalistas o una gran complejidad cultural y etnográfica¹⁸. No es de

¹⁸ Sólo unos pocos territorios de la monarquía eran monolingües: Alta Austria, Salzburgo y Bosnia-Herzegovina, si bien esta última región presentaba una compleja segmentación de índole confesional-nacional. Un grado limitado de bilingüismo social se podía encontrar además en Vorarlberg, Dalmacia, Carniola y Baja Austria. La mayoría de las tierras de la Corona era claramente bilingües: Galitzia, Bohemia, Moravia, Tirol, Estiria y Carintia. Trilingües eran regiones como Silesia, la zona costera o *Küstenland* y Transilvania; y un panorama aún más complejo desde el punto de vista idiomático presentaban territorios como Bukovina, Croacia-Eslavonia y Hungría.

extrañar que a lo largo del siglo XIX los diversos territorios de la monarquía se convirtiesen, tanto a nivel regional como en el más reducido de sus distritos o municipios, en una suerte de escenario en el que compitieron diversos movimientos nacionalistas por el control de instancias administrativas y políticas, de recursos económicos y de tejidos culturales.

Esta evolución siguió un curso progresivo, aunque a empellones. Y se veía afectada a su vez por la aspiración de asegurar la posición de la monarquía habsbúrgica como gran potencia mediante correcciones sucesivas de la relación existente entre cada uno de sus territorios, así como en su administración e infraestructuras. Ya en el transcurso de la Contrarreforma y de la organización de la defensa frente al Imperio otomano, bajo el emperador Fernando II (1619-1637), se habían introducido en los dominios centroeuropeos de los Habsburgo una serie de medidas centralizadoras, basadas en el principio de la reunión de las instancias administrativas centrales para varios territorios y su traslado a Viena. En el siglo XVIII, la política del Imperio también seguía en lo sustancial las premisas de otras potencias europeas. Hacia fines del siglo XVII surgió, por ejemplo, el cameralismo, suerte de variante habsbúrgica del mercantilismo, que también incluía una nueva manera de percibir el espacio: las unidades territoriales y las relaciones interregionales fueron así contempladas como un producto de las decisiones políticas y de la tendencia intervencionista del poder estatal. Tanto los burócratas como las elites políticas pasaron a concebir cada vez más el territorio de la monarquía como un ámbito en el que el dominio de la monarquía debía ser extendido hasta sus rincones más periféricos, y que también debía ser organizado según un mismo patrón. La delimitación y clasificación del espacio se vinculaba así al incremento del control social de la población, a través del aumento del poder del Estado y de su ejercicio del monopolio en el ámbito de la regulación del Derecho, de la violencia y el control social¹⁹. La política mercantil del emperador Carlos VI (1711-1740) y las inversiones en la infraestructura de transportes condujeron por primera vez a una interconexión de centros regionales, pero también

¹⁹ Ejemplos en SAURER, E.: *Strasse, Schmuggel, Lottospiel. Materielle Kultur und Staat in Niederösterreich, Böhmen und Lombardo-Venetien im frühen 19. Jahrhundert*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 1989, y SCHEUTZ, M.: *Alltag und Kriminalität. Disziplinierungsversuche im steirisch-österreichischen Grenzgebiet im 18. Jahrhundert*, Viena y Múnich, Oldenbourg, 2001.

tenían en última instancia un fin político²⁰. Esta política creó zonas de contacto especialmente favorables a una relación más intensa con el mundo exterior, mientras que a través de una administración mejorada de las fronteras en otras pequeñas regiones se intensificaron los contactos transfronterizos. Así se aprecia en la comparación de la evolución de la zona de Görz/Goricia e Istria con la región de Trieste, una metrópoli comercial, que experimentó un dinámico crecimiento económico, eso sí al precio de ver socavado su autogobierno y sufrir una lenta integración en la Administración central de su territorio condal²¹.

Las reformas administrativas introducidas en 1749 por María Teresa (1740-1780) se orientaban hacia la creación de un aparato de Estado centralizado de impronta burocrática y moderna. Esta política tuvo expresión, por un lado, en una paulatina transferencia de competencias desde los organismos corporativos regionales, como las Dietas regionales, hacia las instituciones estatales. Proceso que no dejó de provocar resistencias, aunque ninguna de ellas digna de mención —con la importante excepción de Hungría—²². Incluso allí donde la corrección de disfunciones pasadas llevó a una devolución de competencias a las instancias territoriales de tipo corporativo, esto no había sido un resultado de la presión de las corporaciones o de las elites mercantiles, sino que había sucedido de modo calculado, en el marco de un diseño de política administrativa, militar y económica de signo centralizador²³. No obstante ello, en conjunto el principio corporativo-territorial continuó en pie como elemento caracte-

²⁰ Para el siglo XVIII, HELMEDACH, A.: *Das Verkehrssystem als Modernisierungsfaktor. Straßen, Post, Fuhrwesen und Reisen nach Triest und Fiume vom Beginn des 18. Jahrhunderts bis zum Eisenbahnzeitalter*, Múnich, Oldenbourg, 2002.

²¹ MILLO, A.: «Trieste 1719-1954», en MORITSCH, A. (ed.): *Alpen-Adria-Städte im nationalen Differenzierungsprozeß*, Klagenfurt / Ljubljana/ Viena, Hermagoras, 1997, pp. 111-37; DAROVEC, D.: «Istra od srede 13. do začetka 19. stoletja v luči gospodarsko-zgodovinske literature: Rezultati in perspektive», *Annales*, 10 (1997), pp. 107-116.

²² Véase sobre el particular SPREIZHOFER, K.: «Die Innerösterreichischen Zentralbehörden und die Verwaltung der innerösterreichischen Länder bis zur Mitte des 18. Jahrhunderts», en ZONTAR, J. (ed.): *Handbücher und Karten zur Verwaltungsstruktur in den Ländern Kärnten, Krain, Küstenland und Steiermark bis zum Jahre 1918. Ein historisch-bibliographischer Führer*, Graz, Steiermärkisches Landesarchiv, 1988, pp. 18-30.

²³ Para la zona costera, FABER, E.: *Litorale Austriaco. Das österreichische und kroatische Küstenland 1700-1780*, Graz-Trondheim, Historisk Inst., 1995.

rístico del sistema político territorial de la monarquía de los Habsburgo, y fue perpetuado en los territorios adquiridos posteriormente por la dinastía, como Galitzia (1772) y Bukovina (1775), a través de la constitución de estructuras administrativas y de poder compatibles con aquel principio. Los planteamientos reformistas radicales de José II (1780-1790) parecían anunciar por primera vez un cambio importante. Algunas medidas que denotaban un desprecio manifiesto por las especificidades de los territorios de la monarquía —como su negativa a dejarse coronar o el traslado de todas las insignias del Estado a Viena—, así como la introducción del alemán como idioma oficial de la Administración en todo el Imperio, acabaron por provocar una airada oposición de las órganos territoriales en algunas zonas. Particularmente, los levantamientos armados en los territorios de la actual Bélgica y en Hungría, pero también la sombra de la Revolución Francesa, aconsejaron a sus sucesores José II, Leopoldo II (1780-1792) y Francisco II/I (1792-1835) el retorno a los equilibrios territoriales consuetudinarios, así como a buscar el compromiso con las elites corporativo-feudales. El alemán siguió siendo de modo indiscutible el idioma de trabajo del círculo más interno de la Administración. Pero para eliminar cualquier reivindicación de nacionalismo lingüístico (incluso del alemán) tuvo lugar igualmente un fomento compensatorio de otros idiomas del Imperio, incluso de las lenguas más minoritarias.

La identificación con cada uno de los territorios constituyó uno más de los variados elementos de la lealtad dinástica. Así lo muestra también la historia de las «provincias Ilirias» durante el poco tiempo que existieron. Es decir, la parte del Imperio napoleónico creada en 1809 con territorios de antigua posesión habsbúrgica y veneciana, que comprendía desde el extremo occidental de los Alpes orientales hasta Dubrovnik²⁴. Esta yuxtaposición de unidades territoriales tradicionales disfrutó en un primer momento de simpatías sólo limitadas entre las elites regionales. En el momento en que las diferencias regionales, consolidadas históricamente, en el seno de las provincias ilirias no se vieron reconocidas por la Administración napoleónica, el apoyo a esta política disminuyó rápidamente. La visible euforia con que la población recibió a las tropas austriacas que en 1813 ocuparon

²⁴ Esta última consistía en Dalmacia, la antigua República de Ragusa (Dubrovnik), Carniola y partes de Carintia, de la región de Estiria y del Tirol.

pacíficamente la región constituyó una muestra evidente de que, si existía un patriotismo de tipo burgués y liberal en los territorios de la monarquía de los Habsburgo, aquél se expresaba plenamente a través de los antiguos parámetros de las unidades territoriales existentes²⁵.

Por otro lado, hasta bien avanzado el siglo XIX gozó de notable continuidad en la esfera política un regionalismo de impregnación corporativa y premoderna, si bien desde principios de la centuria el absolutismo ilustrado de José II contribuyó a dotar de nuevas cualidades al vínculo regional. Muchos autores consideraron un deber patriótico el transmitir a un público más amplio una serie de conocimientos sobre el propio territorio de la Corona, a través de sus primeros y largos ensayos sobre historia regional. Incluso durante el periodo de relativa paz política interior que se extendió durante las décadas de 1820 y 1830 el deseo de apelar al bien común de los habitantes del país encontró una expresión legítima en las reivindicaciones políticas de la aristocracia reformista (como, por ejemplo, las del conde István Széchenyi en Hungría), pero también en las de algunos miembros de la dinastía gobernante (por ejemplo, el archiduque Juan en Estiria). Con ello, sin embargo, no se estabilizó definitivamente el número de potenciales nacionalismos, y de hecho varios de los movimientos de este tipo que entonces surgieron oscilaron entre el nacionalismo y el regionalismo. Además, incluso las ordenanzas que establecían la reubicación de la población indigente en sus municipios de origen ponían en evidencia que las concepciones nacionales y patriótico-regionales reflejaban una realidad común, que integraba a todos los estratos sociales de los territorios en cuestión²⁶.

En el ámbito del imperio, fue sobre todo durante la Revolución de 1848 cuando salieron a la luz y se situaron en primera línea de forma explícita una serie de programas de actuación nacionalistas basados en reivindicaciones lingüísticas, pues en ellos el sujeto de las deman-

²⁵ BUNDY, F. J.: *The Administration of the Illyrian Provinces of the French Empire, 1809-1813*, Nueva York-Londres, Garland, 1987.

²⁶ Sobre la relación entre ellos, HEINDL, W., y SAURER, E. (eds.): *Grenze und Staat. Passwesen, Staatsbürgerschaft, Heimatrecht und Fremden gesetzgebung in der österreichischen Monarchie 1750-1867*, Viena-Colonia-Weimar, Böhlau, 2000, así como KOMLOSY, A.: *Grenze und ungleiche regionale Entwicklung. Binnenmarkt und Migration in der Habsburgermonarchie*, Viena, Promedia, 2003, y DIRINGER, Ch.: «Die Habsburgermonarchie als Beispiel binnenstaatlicher Integration im 19. Jahrhundert», en WYSOCKI, J. (ed.): *Wirtschaftliche Integration und Wandel von Raumstrukturen im 19. und 20. Jahrhundert*, Berlín, Duncker & Humblot, 1994, pp. 65-100.

das de participación política y emancipación social se desplazó crecientemente desde las unidades territoriales a las comunidades lingüísticas. En los territorios imperiales bilingües, particularmente, el patriotismo regional que previamente se identificaba con el país en su conjunto se convirtió, siguiendo la tendencia dominante, en un discurso que presentaba una acusada «nacionalización» y «etnicización» de formulaciones que en origen se habían concebido como de índole regional. El ejemplo más conocido de este fenómeno es el brusco final del *bohémismo* como proyecto político integrador y su transformación en un proyecto nacionalista checo, así como la integración en su seno del movimiento moravo, que hasta la década de 1860 se había guardado de mantener las distancias con el mismo y se definía como exclusivamente moravo²⁷. En lo sucesivo, la imposición en la monarquía de los Habsburgo de un patrón de adscripción e identificación exclusivamente nacional, importada de su éxito previo en Europa occidental, inauguró una carrera creciente hacia una suerte de doble reconocimiento: la aceptación internacional de la especificidad nacional del propio grupo y el reconocimiento de un determinado «acervo» nacional propio.

De este modo, una serie de movimientos y movilizaciones que primero se articularon de manera endógena, a partir del patriotismo regional, se encontraron en situación de competencia con movimientos nacionalistas de alcance más amplio, y acabaron por devenir un grupo regional dentro del nacionalismo que lingüísticamente era considerado como el más compatible. Ello no sólo afectó al movimiento moravo-eslavo, como vimos, sino también a los dálmatas dentro de la nación croata²⁸; o a las elites eslovenas en la zona del Küstenland y de Estiria en el seno del movimiento nacionalista esloveno²⁹. Con ello, a los numerosos centros difusores de cada uno de los movimientos nacionalistas en vías de desarrollo les quedaba reservada la facultad

²⁷ Sobre el patriotismo regional o *Landespatritismus* en Bohemia y Moravia, y acerca del concepto del «bohémismo», DRABEK, A. M.: «Patriotismus und nationale Identität in Böhmen und Mähren», en DANN, O.; HROCH, M., y KOLL, J. (eds.): *Patriotismus und Nationsbildung am Ende des Heiligen Römischen Reiches*, Colonia, SH-Verlag, 2003, pp. 151-169.

²⁸ Sobre el particular, CLEWING, K.: *Staatlichkeit und nationale Identitätsbildung. Dalmatien in Vormärz und Revolution*, Múnich, Oldenbourg, 2001.

²⁹ El territorio imperial de *Küstenland* (literalmente, «tierras costeras») comprendía hasta 1918 las regiones eslovenas de Gorizia y Gradisca y la península de Istria. Su capital era Trieste (N. del T.).

de elevar obligatoriamente en su discurso sus propias concepciones territoriales al rango de «nacionales». Así, podían integrar en su oferta identitaria al conjunto de reivindicaciones territoriales surgidas dentro de su territorio de referencia, o bien podían estigmatizarlas como potenciales «separatismos». Hacia 1900, sólo algunos territorios de la Corona —como la Silesia austríaca o Bukovina— no habían visto aparecer aún en primer plano la cuestión nacional como uno de los principales elementos determinantes de la agenda política y de la discusión pública.

Esta situación contrastaba con el hecho de que la ideología dinástica de la monarquía habsbúrgica en el conjunto del Estado siguió fiel hasta la Primera Guerra Mundial a una tradición de tipo cristiano y universalista, que en lo relativo a la relación entre región y nación unió una componente supranacional y aditiva con una tendencia a conservar las estructuras territoriales existentes. Como mostró el ejemplo de la incorporación en 1908 a la administración imperial de Bosnia-Herzegovina, ocupada en 1878, la retórica de la casa gobernante estaba muy alejada de un discurso nacionalista de Estado integrador y homogeneizador. La única excepción fue Hungría. Tras el Compromiso austro-húngaro de 1867, que creó una estructura estatal propia en la mitad oriental del Imperio (la llamada Transleithania) y otorgó al Gobierno de Budapest amplias parcelas de soberanía en el ámbito de la política interior y económica, los Gobiernos de Budapest intentaron llevar a cabo una política de nacionalización según el patrón ofrecido por otros Estados europeos, particularmente por Francia y Prusia³⁰. Contemporáneamente, la política oficial de la mitad austriaca del Imperio se caracterizó por el principio de la equiparación legal de los diferentes idiomas hablados en sus territorios y el derecho de cada uno de los «grupos étnicos originarios» [*Volkss-*

³⁰ Sobre la percepción contemporánea del Compromiso de 1867 y sus consecuencias, STOURZH, G.: «Die dualistische Reichsstruktur, Österreichbegriff und Österreichbewusstsein 1867-1918», en RUMPLER, H. (ed.): *Innere Staatsbildung und gesellschaftliche Modernisierung in Österreich und Deutschland 1867/71 bis 1914*, Viena-Múnich, Verlag für Geschichte und Politik, 1991, pp. 53-68, así como EVANS, R. J. W.: «Austrian identity in Hungarian perspective: The nineteenth century», en ROBERTSON, R. (ed.): *The Habsburg legacy. National identity in historical perspective*, Edimburgo, Edinburgh UP, 1994, pp. 27-36, particularmente pp. 31-33. Acerca de la política escolar húngara, PUTTKAMER, J. VON: *Schulalltag und nationale Integration in Ungarn. Slowaken, Rumänen und Siebenbürger Sachsen in der Auseinandersetzung mit der ungarischen Staatsidee 1867-1914*, Múnich, Oldenbourg, 2003.

tämme] al cultivo de su «idioma y cultura», lo que tuvo reflejo en una protección limitada de los idiomas más minoritarios y menos privilegiados a través de la legislación lingüística y la jurisprudencia de los tribunales administrativos³¹.

¿Hubo una correspondencia real en las relaciones existentes de hecho entre cada uno de los grupos etnolingüísticos y el predicado amparo legal? Ello dependió sobre todo de factores de índole regional. La protección de cada idioma se atuvo en lo esencial a los —según la terminología empleada— «idiomas de uso común» en cada uno de los territorios, y tal categoría era determinada de forma legal por cada una de las Dietas regionales. En la mayoría de las tierras de la Corona, ese estatus fue reconocido a todo idioma que alcanzase un umbral mínimo de hablantes. Pero la regionalización parcial de la legislación lingüística también hizo posible, por ejemplo, que en Carintia nunca fuese reconocido como «de uso común» el idioma esloveno, a pesar de que un tercio de la población lo hablaba habitualmente como lengua coloquial. Por otro lado, esa legislación no respondió a los cambios sociolingüísticos desencadenados por los movimientos migratorios internos dentro de los territorios más industrializados. Y no menos importante fue que los temores a una «invasión foránea» tuvieron como efecto que el reconocimiento de sus idiomas como lenguas cooficiales para los inmigrantes italianos y checos en Baja Austria (incluyendo la ciudad de Viena) o en Vorarlberg estuviese totalmente prohibido hasta 1918.

Aunque algunas propuestas reformistas propugnaban la reestructuración e incluso la reorganización territorial de la monarquía austrohúngara según el principio de las nacionalidades, el sistema constitucional del Imperio siguió estando basado hasta 1918 en la tradicional división en unidades territoriales. Autores como Hans Peter Hye han constatado con acierto que la creciente incapacidad de la administración imperial habsbúrgica dentro de la llamada Cisleithania regida por Viena posibilitaba el que cada uno de los territorios asumiese competencias del Estado central, y que por esta vía se fuese delineando una suerte de evolución constitucional que

³¹ STOURZH, G.: *Die Gleichberechtigung der Nationalitäten in der Verfassung und Verwaltung Österreichs 1848-1918*, Viena, Verlag der österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1985, y BURGER, H.: *Sprachenrecht und Sprachengerechtigkeit im österreichischen Unterrichtswesen: 1867-1918*, Viena, Verlag der österreichischen Akademie der Wissenschaften, 1995.

apuntaba hacia una realidad de hecho confederal³². En estas circunstancias, varios movimientos nacionalistas pasaron a valorar de modo consecuente la antigua especificidad de sus territorios como un recurso político con el fin de imponer reivindicaciones emancipadoras y lingüísticas, y construir de facto Estados propios situados bajo la protección exterior del conjunto del Imperio. Ésta fue la estrategia seguida por Hungría, así como por la aristocracia polaca, que consiguió una autonomía de hecho para Galitzia dentro de la mitad austriaca del Imperio, y que era representada por un ministro propio en el Gobierno común de Viena. Los demás movimientos nacionalistas hallaron orientación en ese ejemplo exitoso de imposición de reivindicaciones políticas a través del manejo del territorio como recurso movilizador. He aquí el caso del nacionalismo checo, que vinculó su reivindicación de restauración de las tradicionales normas de Derecho constitucional bohemio con la demanda de representación política de Bohemia, Moravia y Silesia. Nacionalismos que no podían apelar a argumentos históricos —como «derechos históricos»— de posesión de un territorio experimentaban mayores dificultades a la hora de ver reconocido de modo automático la posesión de un solar propio. Y menos aún la pertenencia de cada una de sus regiones y lugares, o el trazado de las fronteras entre comarcas colindantes de poblamiento étnico entremezclado. En algunos casos —como, por ejemplo, en el caso del movimiento ucranio, o en la primera fase del movimiento esloveno— fue necesario en primer lugar abrir un debate acerca de cuáles eran las porciones del territorio reivindicado que debían servir como fundamento de la propia política nacionalista³³.

Desde la segunda mitad del siglo XIX, el sistema político de la monarquía habsbúrgica también experimentó la interdependencia entre dinámicas de afirmación nacional y regional en otro aspecto. La administración estatal se componía de tres sectores o ramas: la estatal,

³² HYE, H. P.: *Das politische System in der Habsburgermonarchie. Konstitutionalismus, Parlamentarismus und politische Partizipation*, Viena, Bundesministerium für Wissenschaft, Forschung und Kunst, 1995. Véanse también varias de las contribuciones recogidas en RUMPLER, H. y URBANITSCH, P. (eds.): *Die Habsburgermonarchie 1848-1918. Band 7: Verfassung und Parlamentarismus*, Viena, Österreichische Akademie der Wissenschaften, 2000.

³³ MICK, Ch.: «Die "Ukrainermacher" und ihre Konkurrenten. Strategien der nationalen Vereinnahmung des Landes in Ostgalizien», *Comparativ*, 2005/2, pp. 60-76.

la territorial de cada *Kronland* o tierra de la Corona, y la municipal, dotada de amplia autonomía. El ámbito administrativo imperial, como ya mencionamos y con la excepción de la mitad húngara del Imperio desde 1867, era neutral en términos de definición nacional, mientras que, pese a los intentos de reforma de políticos como el primer ministro Koerber³⁴, hasta el fin de la monarquía los diversos nacionalismos, reconocidos de modo minimalista como «grupos étnicos originarios», nunca gozaron de un reconocimiento constitucional adecuado en el conjunto del sistema imperial. Esto sólo ocurría en algunos territorios, como en Moravia en 1905-1906 (el llamado «Compromiso moravo») o en Bukovina en 1910, al reconocérseles a los diversos grupos nacionales un determinado número de escaños en los respectivos Parlamentos regionales³⁵. En otros territorios, por el contrario, la confrontación entre nacionalidades provocaba el bloqueo de la actividad legislativa y parlamentaria regional, lo que también tenía como consecuencia la paralización de la administración del territorio (como en *Küstenland* o en Bohemia).

El avance del proceso de democratización tras 1860, y sobre todo la implantación de grandes partidos de masas hacia 1890, contribuyeron también a integrar los patrones de identificación política regional en los nuevos marcos de intelección «nacional» de la realidad, dando lugar a nuevas relaciones de fuerzas. En la práctica, ambos procesos tuvieron como consecuencia una suerte de «cambio de identificación» para las estructuras locales y microrregionales. Si hasta mediados del siglo XIX las concepciones nacionalistas eran propias de sectores sociales determinados, que delimitaban y negociaban sus límites y naturaleza sin contar con el concurso de la mayoría de la población, las redes tejidas por los actores nacionalistas se empeñaron en la tarea de romper mundos de relación y horizontes de identificación local o transnacional, y en crear nuevas tramas de significados que pudiesen connotar de modo transparente una nueva comunidad, susceptible de ser movilizadora políticamente. Particularmente, en el nivel de la administración autónoma de los municipios,

³⁴ Sobre las concepciones reformistas de Koerber, véase LINDSTRÖM, F.: «Ernest von Koerber and the Austrian state idea: A reinterpretation of the Koerber plan (1900-1904)», *Austrian History Yearbook*, 35 (2004), pp. 143-184.

³⁵ Entre los estudios más recientes acerca del llamado «compromiso moravo», véase en inglés KELLY, M. T., «Last best change or last grasp? The compromise of 1905 and Czech politics in Moravia», *Austrian History Yearbook*, 34 (2003), pp. 279-301.

instituida en 1862³⁶, tuvo lugar la formulación de una explícita política nacionalista, que se apoyaba a menudo en el postulado de la «mayorización» del grupo minoritario o de los hablantes marginales de otras lenguas. Las disposiciones que traducían ese proyecto iban desde la fijación del idioma oficial del municipio hasta la regulación de la exhibición de letreros e inscripciones públicas como nombres de calles o rótulos comerciales. Como han mostrado algunos estudios sobre las ciudades de Praga y Trieste³⁷, los nacionalistas veían en ello una cuestión perentoria, pues se trataba de marcar de modo visual y «nacional» una imagen urbana hasta entonces neutral o multiétnica, para de ese modo *apropiarse* de la ciudad para el propio grupo nacional de manera duradera. Ello incluía la erección de monumentos en puntos centrales de la ciudad, así como el levantar edificios representativos, o la construcción visual de parques y jardines. En el punto álgido de las rivalidades nacionales, este proceso culminaba en la competencia abierta entre lenguajes formales más o menos «nacionalizados», así como en los intentos de minusvalorar o desterrar concepciones culturales consideradas extrañas a la propia tradición nacional.

Hasta 1900, el nacionalismo no impregnaba de modo hegemónico todas las variantes posibles de los discursos de identidad colectiva en el seno del Imperio. Fenómenos como el patriotismo local o el aislamiento de pueblos y aldeas estaban ampliamente extendidos en zonas meridionales, orientales y en general en las regiones montañosas de más difícil acceso de la monarquía³⁸. Idiomas híbridos o de transición, situaciones de bilingüismo, identidades colectivas de ámbito más o menos local que, por encima de barreras idiomáticas o religiosas, se definían simplemente como «los de aquí», eran elementos que abundaban todavía lo suficiente como para que los nacionalistas de

³⁶ KLABOUCH, J.: *Die Gemeindegeldverwaltung in Österreich 1848-1918*, Múnich-Viena, Oldenbourg, 1968. Véanse igualmente los diversos capítulos y la conclusión del volumen colectivo de URBANITSCH, P., y STEKL, H. (eds.): *Kleinstadtbürgertum in der Habsburgermonarchie 1862-1914*, Viena-Colonia-Weimar, Böhlau, 2000.

³⁷ COHEN, G. B.: *The politics of ethnic survival: Germans in Prague, 1861-1914*, Princeton, NJ, Princeton UP, 1981; CZEITSCHNER, S.: «Polyglossie in der Domäne Gerichtswesen in Triest 1767-1918. Sprachpolitik und Sprachwirklichkeit in der Habsburgermonarchie», Tesis doctoral, Universidad de Viena, 1997.

³⁸ Véase el estudio de von BARNAY, M.: *Die Erfindung des Vorarlbergers. Ethnizitätsbildung und Landesbewusstsein im 19. und 20. Jahrhundert*, Bregenz, Vorarlberger Autoren-Gesellschaft, 1988.

diverso signo se encontrasen a menudo con personas que no se definían a sí mismas como integrantes de una nacionalidad. Seguían siendo importantes, además, las jerarquías sociales heredadas y los patrones de identificación y de diferenciación colectiva de tipo confesional, que podían dificultar la penetración social de los postulados de la identidad nacional. A partir de la década de 1870, y de modo independiente del Estado, surgieron en Bohemia y en Carintia, pero también de modo creciente en otros territorios binacionales de la monarquía, una serie de tejidos sociales concurrentes que propagaron desde la base nuevas temáticas, formas y reglas de la comunicación social. Como ha mostrado Jeremy King de modo paradigmático para el ejemplo de la ciudad bilingüe de Budweis/Ceské Budejovice en Bohemia meridional, en el transcurso de la Revolución de 1848 sus habitantes se vieron por primera vez ante la disyuntiva de tener que decidirse por su integración en uno de los movimientos nacionalistas concurrentes en la zona, más allá de su identificación patriótica local como *Budweiser*. Tras la liberalización de la vida política en la década de 1860, el proceso de nacionalización de la vida local fue alcanzando progresivamente a las instituciones urbanas y a las asociaciones y clubes de la ciudad, lo que acabó por conducir finalmente a que hacia 1900 el conjunto de la vida política y pública de Budweis conociese una duplicación —o división— en dos partes, checa y alemana, a excepción de algunas asociaciones caritativas y religiosas³⁹.

Frente a los fenómenos regionales de existencia consolidada, los movimientos nacionalistas desarrollaron una posición ambivalente. Por un lado, se intentó imponer un idioma estándar y culto como único medio de comunicación en la esfera pública, frente a los dialectos y hablas locales. El resultado fue la pérdida de prestigio de la erudición local y la relegación de interpretaciones identitarias alternativas al ámbito privado o a medios sociales desclasados⁴⁰. El mensaje

³⁹ KING, J.: *Budweisers into Czechs and Germans. A local history of Bohemian politics, 1848-1948*, Princeton, Oxford 2002. Para el caso del Tirol, GÖTZ, Th.: *Bürgertum und Liberalismus in Tirol 1840-1873. Zwischen Stadt und ‚Region‘, Staat und Nation*, Colonia, SH-Verlag, 2001, y COLE, L.: «Für Gott, Kaiser und Vaterland». *Nationale Identität der deutschsprachigen Bevölkerung Tirols 1860-1914*, Frankfurt a. M.-Nueva York, Campus, 2000.

⁴⁰ Este proceso se puede seguir de modo sugerente en STAUTER-HALSTED, K.: *The nation in the village. The genesis of peasant national identity in Austrian Poland, 1848-1914*, Ithaca, Cornell UP, 2001.

emancipador de la nación, así como una cierta presión de grupo, contribuyeron a integrar en la oferta identitaria nacional concepciones contrapuestas (como las identidades locales o confesionales), a arrebatarles su dimensión identitaria (como en el caso de las identidades corporativas) o a declararlas como algo extraño a la nación (como en el caso del cosmopolitismo). Fiestas o manifestaciones y conmemoraciones orquestadas con ocasión de aniversarios y efemérides abonaron esta estrategia y mostraron también una creciente voluntad de control social, en la medida en que aspiraban a una movilización de la población que abarcase el mayor espectro posible de la misma. Estas iniciativas desde la región también condujeron, por otro lado, a un nuevo tipo de «descubrimiento» de características y especificidades regionales dentro del canon discursivo nacionalista, así como a un inventariado omnicompreensivo de todos los espacios de la nación, incluidos aquellos que hasta entonces habían sido considerados como territorios periféricos dentro de la misma. Formas regionales de folclore y cultura popular fueron elevadas al rango de elementos definitorios de la cultura y del ser de la nación en su conjunto. Cada movimiento nacionalista elaboró de este modo una forma estandarizada de cultura, de mitos y de símbolos identificadores del conjunto de la nación. Formas que fueron presentadas públicamente en eventos como la Exposición Etnográfica de Praga en 1895 o la Exposición del Milenio de Budapest en 1896. Se hacía explícita en ellas tanto la autenticidad cultural de la nación en cada una de sus regiones como el empeño en construir la nación en todas ellas.

La política seguida por los Estados sucesores del Imperio austrohúngaro tras 1919 se caracterizó, por el contrario, por una obsesión general: la nacionalización del territorio. La Primera Guerra Mundial, la movilización por parte de socialistas y comunistas de amplias capas de la población, la difusión del principio de la autodeterminación de los pueblos y la posibilidad real de rediseñar las fronteras estatales provocaron una escalada de las disputas entre los diversos movimientos nacionalistas, cuyo potencial movilizador se puso de manifiesto, de modo particular, en los casos en que se celebraron referéndums de autodeterminación. La situación se complicaba aún más por el hecho de que en el antiguo solar austrohúngaro la delimitación de fronteras territoriales según criterios lingüísticos se enfrentaba a complejidades variadas. Los pactos secretos suscritos con Italia y Rumania, pero también un conocimiento en general limitado por par-

te de las potencias vencedoras acerca de las complejidades etnográficas de Europa central, fueron factores que posibilitaron la formulación de reivindicaciones territoriales que iban bastante más allá de las áreas lingüísticas que se pretendía homogeneizar. Muchas regiones fronterizas en el futuro, como el Bánato en la zona de la frontera rumano-magiar-yugoslava, se caracterizaban por una geografía lingüística difícilmente divisible en zonas homogéneas y deslindables. Y en las regiones de contacto entre los diversos idiomas eslavos, como en Alta Silesia o en Eslovaquia oriental, existían comunidades de difícil adscripción lingüística, pues hablaban dialectos de transición que podían ser adjudicados tanto a un idioma como a otro. No menos importante era el hecho de que las fronteras ahora extendidas se entrecruzaban con espacios de relación económica y comercial, así como con redes de transporte preexistentes. Por ello, en muchos casos hubo que renunciar al trazado de fronteras estrictamente etnográficas por mor de la presencia de líneas de ferrocarril y la toma en consideración de criterios estratégicos, económicos o meramente infraestructurales.

Ya en vísperas de la Conferencia de Paz de París, y desde el otoño de 1918, tuvieron lugar enfrentamientos armados que dirimían la pertenencia de regiones concretas a una u otra nacionalidad, así como numerosos conflictos fronterizos⁴¹. Estos choques reforzaron aún más la percepción de las naciones colindantes como amenazas y como competidores por el propio territorio. La cuestión regional entró en escena como objeto de disputa en varias confrontaciones bilaterales, y desde el punto de vista del interés del Estado la intervención directa en la vida interna de las regiones en disputa se presentaba como una necesidad del momento, aunque sólo fuese como medida preventiva frente a posibles escenarios geopolíticos de futuro de carácter amenazante. El grado necesario de centralización de la estructura estatal para facilitar el proceso de integración nacional era objeto de discusión entre los contemporáneos. Pero reinaba en general la convicción de que la existencia de estatutos jurídico-administrativos excepcionales para territorios determinados dentro del Esta-

⁴¹ Enfrentamientos armados graves y pequeñas guerras fronterizas recurrentes tuvieron lugar entre Polonia y la Unión Soviética (1919-1921), Polonia y Checoslovaquia (1919), Checoslovaquia y Hungría (1918-1919), Hungría y Austria (1921), Hungría y Rumania (1919), Austria y Yugoslavia (1919-1920) e Italia y Yugoslavia (1919). Algunos de estos conflictos fueron reactivados de nuevo en el periodo 1938-1941.

do, por ejemplo, bajo la forma de autonomía regional, sólo podían constituir un obstáculo para la plena integración nacional de las nuevas entidades estatales. Únicamente en tres casos las elites políticas de los Estados sucesores optaron por la concesión de competencias de autogobierno territorial a entidades mesoterritoriales, que pudieron así llevar a cabo una labor de construcción regional: el estatus autónomo del territorio de Memel; el caso del Burgenland, región antes englobada en Transleithania y que pasó a ser Estado federado integrante de la República de Austria⁴²; y Rutenia subcarpática, cuya autonomía dentro de la nueva Checoslovaquia nunca llegó a ser puesta en práctica. Ni siquiera el sistema de protección de minorías situado bajo la garantía de la Sociedad de las Naciones fue concebido como un foro de representación regional, sino como un instrumento jurídico que debía garantizar a los Estados sucesores la consecución de un proceso de construcción nacional en el largo plazo lo más pacífico posible⁴³.

Las diferencias regionales fueron contempladas como un fenómeno epocal, de tiempos pasados, que debían ser reducidas y uniformizadas de manera forzosa por el Estado mediante una política claramente nacionalizadora. Esta concepción también fue aplicada en aquellas regiones que habían sido objeto de disputa en 1918 y que habían acabado por ser adscritas a un ámbito nacional, llegando incluso a la adopción de medidas de índole represiva en todos los niveles⁴⁴. En regiones fronterizas que merced a una corrección de límites habían pasado en bloque a pertenecer a otro Estado, las situaciones lingüísticas no configuraron de modo automático un fundamento de identificación local. Particularmente en las regiones que habían pertenecido a la mitad húngara del Imperio (Eslovaquia, Transilvania, Burgenland), pero también en las antiguas zonas polacas (Alta Silesia), el peso de los fuertes sentimientos de lealtad terri-

⁴² HASLINGER, P.: «Building a Regional Identity: The Burgenland, 1921-1938», *Austrian History Yearbook*, 32 (2000), pp. 105-123. Burgenland, capital Eisenstadt, está situado en la franja oriental del Estado austriaco.

⁴³ BARTSCH, S.: *Minderbeitenschutz in der internationalen Politik. Völkerbund und KSZE/OSZE in neuer Perspektive*, Opladen, Westdeutscher Verlag, 1995.

⁴⁴ Sobre la política de asimilación rumana de los territorios ganados tras 1918, LIVEZEANU, I.: *Cultural politics in Greater Rumania. Regionalism, nation building and ethnic struggle, 1918-1930*, Ithaca-Londres, Cornell UP, 1995, y HAUSLEITNER, M.: *Die Rumänisierung der Bukowina. Die Durchsetzung des nationalstaatlichen Anspruchs Großrumäniens 1918-1944*, Múnich, Oldenbourg, 2001.

torial compartidos por la población desde tiempo atrás llevaron a reacciones antirregionales por parte de las nuevas élites administrativas, que las consideraban zonas *rebeldes* o poco fiables. En los casos en los que se registraban estructuras regionales en las que imperaba una fuerte mezcla de lealtades étnicas y confesionales diferentes, la constitución de redes de relación local y regional, y sobre todo su puesta en relación con organizaciones o redes afines (étnica o religiosamente) más allá de las fronteras estatales, estuvieron sometidas a fuertes restricciones. Las élites estatales contemplaron esas iniciativas como fenómenos híbridos, manipulados desde fuera por élites extranjeras. Por ello, los desplazamientos de población, y en particular de las élites «extranjeras» de minorías nacionales hacia los territorios en que su minoría era mayoría, fueron convenientemente incentivados⁴⁵. Esta concepción de la región encerraba un potencial conflictivo en varios niveles, tanto frente a los Estados vecinos como frente a la propia región, cuyas élites y cuya población fueron sometidas a una creciente presión para definirse y reconocerse en términos nacionales, particularmente cuando su composición étnica, lingüística o confesional se diferenciaba de la media usual en el conjunto del país. Desde esta perspectiva, cualquier argumentación vinculada a una definición regional, independientemente de su carácter, era interpretada como una formulación de carácter potencialmente separatista⁴⁶.

El territorio imaginado de lo nacional y la relación entre región y nación

De todo lo dicho se deducen una serie de conclusiones acerca de la relación entre los principios de identificación nacional y regional en el contexto de un proceso de nacionalización, y que pueden ser for-

⁴⁵ BRUBAKER, R.: «Aftermaths of empire and the unmixing of peoples», en BARKEY, K., y von HAGEN, M. (eds.): *After empire. Multiethnic societies and nation building. The Soviet Union and the Russian, Ottoman, and Habsburg empires*, Boulder (Co.)-Oxford, Westview, 1997, pp. 155-189.

⁴⁶ Véanse sobre el particular los diversos ensayos contenidos en THER, Ph., y SUNDHAUSSEN, H. (eds.): *Regionale Bewegungen und Regionalismen in europäischen Zwischenräumen seit der Mitte des 19. Jahrhunderts*, Marburg an der Lahn, Herder Institut, 2003.

muladas con ayuda del bagaje conceptual del *territorio imaginado*⁴⁷. Como tal se entiende un territorio delimitado, sobre el que se fundamenta de modo indisoluble un discurso nacional y que define y simboliza territorialmente lo «socialmente propio» en el nivel conceptualmente más elevado posible, que es el de lo nacional. Esta concepción del espacio fue generada en un estadio temprano de la socialización nacionalista a través de un discurso político, científico y literario, así como en el ámbito de las artes. En el caso ideal, el *territorio imaginado* es definido de modo idéntico en toda su extensión, en todos los niveles y ámbitos sociales que deben ser incorporados al proceso de integración nacional. Sólo así adquiere este constructo la necesaria capacidad vinculante, tanto en el terreno comunicativo como en lo relativo a su capacidad de orientar la acción social. La integración nacional sólo se consideraba un éxito, por lo general, cuando el conjunto de regiones previamente incluidas en una «lista» de territorios a integrar eran puestas a plena disposición del poder de la nación, es decir, cuando eran anexionadas a su Estado nacional propio.

El *territorio imaginado* funciona por lo general en los discursos nacionalistas como un elemento simbólico central del colectivo, de forma semánticamente equiparable al grupo nacional. Pero cumple, en comparación con este último, funciones apelativas totalmente diferentes. Una población definida desde puntos de vista determinados también debe ser pensada de forma independiente de sus lugares, y puede sufrir un proceso de declive demográfico. Por ello, el territorio imaginado simboliza la reivindicación materializada de autenticidad y la existencia duradera de la nación como grupo en el espacio y en el tiempo. De ahí que, por lo general, nación y territorio se interrelacionen conscientemente en todas las esferas relevantes de la comunica-

⁴⁷ Un primer borrador de este modelo en HASLINGER, P., y HOLZ, K.: «Selbstbild und Territorium. Dimensionen von Identität und Alterität», en HASLINGER, P. (ed.): *Regionale und nationale Identitäten. Wechselwirkungen und Spannungsfelder im Zeitalter moderner Staatlichkeit*, Würzburg, Ergon-Verlag, 2000, pp. 15-38, y de modo más desarrollado en HASLINGER, P.: «Imagined territories – Nation und Regionale und nationale Identitäten. Wechselwirkungen und Spannungsfelder im Zeitalter moderner Staatlichkeit Territorium im tschechischen politischen Diskurs 1889-1938», Tesis de habilitación, Universidad de Freiburg im Breisgau, 2004. Véanse también reflexiones semejantes en WHITE, G. W.: *Nationalism and territory. Constructing group identity in Southeastern Europe*, Lanham u.a., Rowman & Littlefield, 2000, pp. 15-34.

ción, de manera tan intrincada que se hace prácticamente imposible en lo sucesivo una clara diferenciación de ambos componentes. Sólo un entramado discursivo de este tipo es capaz de fundamentar la convicción intergrupal de que sin «su» territorio característico y fijado de modo duradero, la nación dejaría de existir.

De estos presupuestos derivan los diversos actores sus reclamaciones de poder y hegemonía. Tarea prioritaria del *territorio imaginado* es garantizar la supervivencia de la propia nación en situaciones de competencia o enfrentamiento con otras naciones. Por ello, la distribución geográfica de un grupo nacional definido en términos lingüísticos no siempre es decisiva para la pertenencia o no de comarcas y lugares concretos a esa nación. Hacia 1900, elementos como la posesión de una cierta cantidad de recursos naturales y de infraestructuras de tráfico y comunicaciones (por ejemplo, el disponer de un acceso al mar) eran considerados tan irrenunciables como el que el territorio gozase de una cierta dimensión o de carácter compacto, y que estuviese delimitado por fronteras «naturales» en aquellas partes que podían caer potencialmente bajo la amenaza política de otras naciones.

Para la estabilización con éxito de un *territorio imaginado* también era necesario el reconocimiento por parte de otros Estados o nacionalismos contiguos al mismo, así como el más amplio de la comunidad internacional. En el propio contexto nacional, la imposición de un determinado concepto del espacio no sólo dependía de la conducta de los actores estatales, o de que los representantes del Estado empleasen su poder de segmentar, repartir o dar nombre al espacio. También intervino una ciencia puesta crecientemente al servicio de la nación, cuyas concepciones espaciales en el ámbito austrohúngaro divergían, por lo general, del discurso general del Estado. En los años de entresiglos, este aspecto del trabajo común en la «construcción del espacio nacional» fue asumido sobre todo por disciplinas científicas como la Historia, la Lingüística, la Etnografía, la Estadística y la Geografía. Ciencias que se vieron inmersas en la obligación de acumular conocimientos detallados sobre aquellas partes del territorio nacional que fuesen disputadas por otros vecinos, para poder definir las mejor como partes del propio *territorio imaginado*.

Los argumentos desarrollados en el campo de la ciencia y del arte sólo desplegaron su relevancia social mediante su expansión mediática y comunicativa. Cuando el discurso nacionalista podía ser cons-

truido a partir de las identidades territoriales compartidas y difundidas entre una población, o sobre la base de lealtades preexistentes de índole dinástica, patriótica o confesional, la labor de «construcción del espacio nacional» discurrió por lo general sin conflictos. En relación con ello, se planteó un dilema a los activistas del nacionalismo. Para que sus concepciones del territorio se impusiesen frente a otras de tipo regional o universalista (confesionales, identidades burguesas, etc.), y pudiesen desarrollar una adecuada capacidad movilizadora que abarcase al conjunto de la población, cualquier imaginario nacionalizador y cualquier retórica nacional se veía obligada hasta cierto punto a negar la existencia de identidades regionales en su seno. El monopolio de la administración y el Derecho necesitan ser anclados en el conjunto de la población frente a instituciones concurrentes, y la autopercepción de formar parte de una nación debe constituir para esa población un sistema vinculante de principios y orientaciones. Por otro lado, sin embargo, en el plano del discurso es necesaria una referencia positiva a los elementos identitarios regionales, para reconducir el horizonte conceptual ya existente en cada una de las diversas poblaciones hacia un concepto de nación abstracto. Una suma de regiones es más fácil de representar que un colectivo nacional imaginado, y para ello resulta más sencillo el disolver sin conflicto los elementos contradictorios que puedan existir en un concepto de nación —a través, por ejemplo, del recurso a la variedad de paisajes—. Si la nación como colectivo es en su cerne un ente igualitario, la región es escenificada conscientemente en el discurso del *territorio imaginado* como un teatro de la diferencia, como un lugar de peculiaridades sociales o culturales. Por esta vía, las innegables desigualdades existentes en el seno de un territorio nacional podían ser explicadas sin problema, a través, por ejemplo, de un muestrario de referencias a la morfología del paisaje, las relaciones de intercambio, el clima o las formas de poblamiento desarrolladas a partir de tales condicionantes. Y el potencial carácter conflictivo de esos elementos dentro de la oferta igualitaria de lo nacional fue así «desactivado» discursivamente. La lógica aparentemente indiscutible y definitiva del argumento geográfico también servía a los representantes políticos para eludir una discusión general de buena parte de sus concepciones y planes políticos.

En razón de la integración de diversas autodefiniciones regionales dentro de las tramas de significados del nacionalismo, y de la alta

presión centralizadora ejercida por los nacionalismos de Estado, las regiones no estaban en condición de reivindicar conceptualmente el convertirse en Estados, ni estructuralmente podían implantar tal deseo. El factor étnico tenía el efecto de que no fuese posible elaborar ninguna oferta identitaria global que se diferenciase del entorno nacionalizador. En esas circunstancias, las élites que respaldasen esa oferta, por lo general muy heterogéneas, se veían forzadas tarde o temprano a refugiarse de nuevo en la seguridad de los marcos cognitivos y los modelos de actuación proporcionados por el nacionalismo, o bien a aproximarse a otro nacionalismo competidor y colindante. Una opción regionalista que fuese más allá de la esfera cultural sólo podía resistir políticamente en aquellos casos en los que los órganos estatales no ejercían una función nacionalizadora, o cuando los Estados nacionales en competición ofrecían un apoyo discursivo y logístico.

Frente a ello, la reivindicación concurrente real o imaginada de un territorio nacional situado en el exterior (un *external homeland*, según la definición de Brubaker)⁴⁸, o de un movimiento nacionalista que entrase en competencia identitaria, creaba otro conjunto de condiciones para la penetración social de postulados identitarios alternativos en algunas regiones. El proceso de nacionalización estatal que fue característico de toda el área se caracterizó a menudo en las regiones periféricas o fronterizas por una dinámica especial y particular, ante todo cuando los activistas de cada uno de los movimientos nacionalistas con concepciones solapadas de su territorio patrio se enfrascaban en una competición por la delimitación y apropiación de regiones concretas. En estos casos, los movimientos nacionalistas actuaron por lo general como vasos comunicantes. Ya que aquí las poblaciones a las que se dirigían podían comparar ofertas identitarias, el competir en ese terreno y ofrecer la mejor oferta apareció como la opción más adecuada para lograr la imposición y aceptación del propio programa territorial, razón por la que se copiaron y desarrollaron modelos organizativos y de comunicación nacional por encima de las fronteras lingüísticas. Se partía en estos casos de un solapamiento y entrecruzamiento de discursos, proceso en el que los activistas de diferentes movimientos nacionalistas interpretaron los

⁴⁸ BRUBAKER, R., *Nationalism reframed. Nationhood and the national question in the New Europe*, Cambridge, CUP, 1996, particularmente pp. 60-69.

argumentos del oponente como impulsos negativos para las propias concepciones.

Todo lo anterior condicionó, en los casos de reclamaciones nacionales en competencia, una condensación supradimensional de los significados atribuidos al territorio, por la que determinados lugares, paisajes y escenarios históricos recibieron a menudo un carácter de símbolo nacional sustitutivo. Los habitantes de esos lugares simbólicos fueron presentados como ejemplos especialmente representativos del genuino e irrepetible carácter nacional; y se postuló que en ellos, gracias a la interacción local específica entre el medio natural y sus pobladores, se manifestaban de modo particularmente intenso una serie de peculiaridades nacionales que era necesario preservar y proteger. En función de todo ello surgía una diferencia evidente entre lo que era una región fronteriza y el concepto de «tierra de frontera», cargado este último de un significado altamente simbólico. Y en esos territorios las elites nacionalizadoras podían jugar en su estrategia con el manejo de una apropiada imagen del otro para convertir las jerarquías sociales en jerarquías étnicas. Esas jerarquías fueron así hasta cierto punto «territorializadas», es decir, fueron presentadas bajo la forma de la competición por un recurso (el país), y crearon con ello la fundamentación ideológica para los posteriores procesos de exclusión y expulsión tras 1918. La «tierra de frontera» se convirtió así, a diferencia de otras regiones periféricas o fronterizas, en un elemento discursivo de alto valor emocional para el conjunto de la política nacionalista. Y el argumento de la amenaza real o potencial que pesaría sobre esas porciones del territorio patrio, proveniente desde dentro o desde fuera del mismo, también sirvió para legitimar medidas administrativas o jurídicas que contradecían en su esencia la oferta igualitaria del nacionalismo. Era necesario reaccionar con argumentos «mejores», es decir, más plausibles, más sólidos científicamente o más acordes con los marcos de intelección de articulación de los intereses de la población en disputa. En varios casos, las actividades de las organizaciones nacionalistas adquirieron rasgos restrictivos y violentos. Su objetivo era restringir el campo de actuación posible para los defensores de identidades híbridas o supranacionales, ejerciendo una presión pública y física sobre aquellos que propagaban las concepciones del enemigo o que simplemente se resistían a aceptar la lógica del discurso nacionalista.

Pero las concepciones espaciales que se pusieron en juego también sirvieron para reordenar los centros y periferias dentro de los territorios nacionales, y para vincularlos de modo jerárquico, es decir, para otorgar a determinadas regiones dentro de la nación un lugar de segundo orden. Desde esta perspectiva, la peculiaridad regional, que se había mostrado todavía durante la primera mitad del siglo XIX como un factor integrador dentro del proceso de construcción nacional, adquirió posteriormente, desde el punto de vista de la integración nacional, un regusto fuertemente negativo. Dado que de lo que se trataba era de establecer los marcos de integración nacionales dentro de cada territorio como el espacio común compartido por un «nosotros», lo regional pasó a ser juzgado en su dimensión potencialmente particularista, y no en su valencia coordinadora y vinculante de identidades. Hacia 1900 predominaba una opinión general: el mantenimiento de estructuras de comunicación regionales sólo contribuía a estabilizar horizontes de relación locales y comarcales, dificultaba la movilización de la población en favor de la causa nacional(ista) e impedían la realización del proyecto de modernización nacional como plasmación del conjunto de la potencialidad creadora de la nación.

El enfoque clásico en el estudio del regionalismo, típico de las décadas de 1960 y 1970, partía de una presunción modélica: existiría un antagonismo esencial entre región y nación. Pese a ello, y en función de lo afirmado más arriba, la imagen hasta ahora dominante, según la cual existía una contraposición fundamental entre movilización regional y nacional, debe ser puesta radicalmente en cuestión. Por el contrario, aquí son de señalar en toda su variedad las diversas posibilidades de combinación e interinfluencia mutua entre las identidades y tramas de significados nacionales y regionales. Se puede constatar, en perspectiva histórica, que la coexistencia mutua y armónica de ambas formas de socialización ha constituido la norma, antes que la excepción, de la evolución de Europa. Las identidades regionales y nacionales pueden ser concebidas en la mayor parte de los casos como concepciones integradoras y compatibles, que se complementan constructivamente de modo complementario. De acuerdo con esta lectura, la «región» y sus representantes transfieren la declaración de soberanía a la nación, recibiendo en correspondencia un reconocimiento como parte constitutiva de esta última, de forma coordinada. La región sirve así como instancia «traductora» y media-

dora de lo nacional, a través, por ejemplo, de la metáfora del común «patrimonio nacional» integrado por el territorio de la nación y cada una de sus regiones. La presencia y dominación del Estado aparecía así como una realidad aceptable y comprensible para todos.

El nacionalismo y el regionalismo, en función de lo afirmado más arriba, pueden ser, por tanto, concebidos como fenómenos mixtos, que a su vez pueden ser ubicados en una única escala. Si el punto de partida de lo nacional es la vinculación a un colectivo, la región se fundamenta en una unidad territorial, configurada por un poder político común en la época premoderna o por fronteras naturales aparentemente objetivas. Por lo general, en estos escenarios ni el principio de identificación nacional, ni el regional, existen de forma prístina. Así, la región se construye sobre la unidad de la tierra y sus gentes, y la nación da nombre a lugares y paisajes como elementos constitutivos. Pero igualmente importantes son los desplazamientos que pueden tener lugar en esa escala imaginaria. La historia de la monarquía habsbúrgica y de los diferentes movimientos nacionalistas que surgieron en su seno también muestra cómo algunos regionalismos se pueden transformar en nacionalismos, una vez que formulan una reivindicación a la soberanía, mientras que otros nacionalismos se «regionalizan» precisamente por renunciar a la demanda de soberanía.

Si tomamos en consideración ambos fenómenos como elementos interrelacionados de modo escalonado y variable, existe, sin embargo, una diferenciación «fuerte» entre ambos conceptos integradores: el disponer de soberanía estatal, que legitima y fundamenta el poder. En este aspecto, las regiones se separan claramente de los Estados nacionales, pues las concesiones de derechos de soberanía a las regiones sólo tuvieron lugar en el nivel internacional o nacional, generalmente a través de un compromiso constitucional entre el centro y las diversas regiones. En el plano regional, además, no existe ninguna definición «dura» equiparable a la ciudadanía en lo que respecta a la pertenencia individual o no al colectivo (sólo la ciudadanía regional bosnia tras 1878 constituye en este aspecto una de las escasas excepciones, por razones de Derecho público). No menos importante es que las regiones no conocieron ninguna ordenación taxativa de las lealtades y esferas territoriales, como era el caso de los Estados nacionales. Una región puede ser subdividida a su vez en otras regiones, pero se diferencia igualmente de formas de identidad local, que bási-

camente designan tejidos de estructuras sociales y relaciones funcionales en el ámbito de una localidad⁴⁹. Estos tránsitos entre unas identidades y otras en la historia de la monarquía de los Habsburgo y sus Estados sucesores recibieron una atención más bien escasa por parte de la historiografía posterior, centrada durante mucho tiempo en el análisis de los fenómenos nacionales, que de forma retrospectiva podían ser subsumidos en la historia del éxito del «propio» proceso de construcción de la nación. Y, por el contrario, todos los tejidos institucionales y las identidades alternativas fueron considerados como fenómenos regionales, y aparecieron así como algo semejante a un folclorismo intelectual.

⁴⁹ WEICHHART, P.: *Raumbezogene Identität. Bausteine zu einer Theorie räumlich-sozialer Kognition und Identifikation*, Stuttgart, Steiner, 1990, pp. 36-37.